

Palabras del Dr. Edgardo Enríquez Frödden en la Ceremonia Solemne en que la Universidad de Concepción le otorgó el grado de Doctor Honoris Causa, el 10 de enero de 1995

Señor Rector, miembros del Consejo Académico, señores profesores, autoridades, distinguidas damas, señores, jóvenes alumnos:

El 27 de diciembre de 1968, por amplísima mayoría (70% de los votos), gané la elección de Rector de la Universidad de Concepción. Por primera vez, gracias a la Reforma recién aprobada y promulgada, había votado ponderadamente toda la Comunidad Universitaria (casi 10.000 universitarios). Antes, el Claustro Pleno estaba formado por unos 230 profesores titulares y consejeros.

El 27 de diciembre de 1994, el actual Rector, profesor Augusto Parra Muñoz, me comunicó oficialmente que el Consejo Académico de la Universidad de Concepción, por unanimidad, había acordado otorgarme el grado de Doctor Honoris Causa.

Curiosa coincidencia de fechas en la obtención de los más altos honores que he logrado en mi vida.

Entre ambos acontecimientos han pasado exactamente veintiséis años ¡Y qué veintiséis años! A comienzos de diciembre de 1968, el ex Rector David Stitchkin Branover, 48 horas antes de que se cerrara la inscripción de candidatos, sin aviso previo, me comunicó que no podía cumplir el compromiso que masónicamente había contraído conmigo de presentarse a la reelección para Rector. En esta forma, repentinamente, me encontré ante un gravísimo problema. Yo era el representante del Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile en las regiones de

Concepción y Arauco. En la seguridad de que Stitchkin se presentaría a la reelección, que todos sabíamos ganaría en forma holgada, a petición expresa de él, no había hecho nada para preparar otra candidatura.

La situación era desesperada. Mi responsabilidad, inmensa.

Desde hacía unos tres años, los círculos reaccionarios, la Acción Católica, el Opus Dei, algunas parroquias, Patria y Libertad y otros movimientos políticos nazistas, el Partido Agrario Laborista, el Partido Nacional, el Partido Demócrata Cristiano (en ese momento en el poder y como Partido Único de Gobierno), la Federación de Estudiantes de Concepción, presidida y manejada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, la gran mayoría de la prensa hablada y escrita regional y nacional, se habían lanzado en una campaña cerrada contra la Universidad de Concepción y la Masonería que la dirigía desde su fundación, hacía 49 años.

Era una guerra sincronizada y sin cuartel. Tan fuerte fue esa campaña, que ninguno de los tres candidatos inscritos que eran masones, se había atrevido a reconocerlo ni a decir una palabra en defensa de la Masonería y de su obra.

Hechos coyunturales y errores serios cometidos en los últimos tiempos por algunos universitarios, todos ellos conocidos masones, se habían sumado a una razón de fondo: La Universidad de Concepción ya era una realidad y su influencia en la vida nacional, evidente.

Ya nadie podía aceptar lo que, sobre el papel de las universidades, había escrito el prestigioso historiador, todavía vivo, en ese entonces, don Francisco Antonio Encina (*Historia de Chile*, tomo V, pág. 592).

"Las universidades jamás han sido focos creadores de las ciencias ni palancas del desarrollo mental. Siempre han sido simples esponjas que absorben la producción intelectual del medio que las alimenta, con gran retraso y resistencia tenaz a

todo avance científico; y que, en seguida, la devuelven a la misma colectividad achicada y estandarizada, para uso de cerebros más débiles".

Conceptos así de despectivos para las universidades y los universitarios escuché muchas veces entre jóvenes y adultos de ambos sexos pertenecientes a las clases adineradas de Concepción: "Sólo los rotos estudian", nos repetían cada vez que podían y estaban en mayoría. "Nómbrennos, agregaban, a un sólo chiquillo decente que esté estudiando".

No pensaban así los jesuitas (Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile*, tomo III, página 424).

"La Orden no debe mandar, sino dirigir a los que mandan: papas, reyes, grandes y poderosos de la tierra. Sus armas políticas son la confesión y la enseñanza... La confesión es el arma del presente; la del futuro es la enseñanza. Sus esfuerzos se concentraron muy temprano en la educación de los jóvenes de las altas clases sociales a fin de afianzar la influencia adquirida y preparar la del porvenir".

Pues bien, ya en la década de 1960-70 se había hecho patente el interés de las clases dominantes y reaccionarias por apropiarse de las universidades chilenas.

La elección de rector de 1968, con sus campanas y desórdenes mientras se estudiaba y aprobaba la Reforma Universitaria, era un momento propicio.

Cogido por esas situaciones imprevistas y tan graves, no me quedó otra cosa que acceder a las insistentes peticiones de mis amigos y aceptar inscribir mi nombre como candidato a la Rectoría.

Repito e insisto: nunca había figurado entre mis aspiraciones el llegar a la Rectoría de la Universidad de Concepción.

No presentarme en esos momentos a la lucha libre y democrática en defensa a la universidad a que estaba ligado desde hacía 38 años y donde me había formado, y de la Orden Masónica en que tenía 28 años desde que había sido iniciado, lo estimé una cobardía inexcusable, una deserción ante el enemigo.

Y fuimos a la elección con mis compañeros pro-reforma y progresistas. Ganamos lejos a los otros cuatro candidatos en las mesas receptoras de sufragios de docentes, de funcionarios no docentes, estudiantes y obreros.

Cumplimos nuestro programa que no era otro que hacer realidad la Reforma Universitaria en la primera universidad chilena que la había aprobado después de dos y medio años de estudios intensos y más de 30 años de reprimidos intentos. Baste recordar que en 1933, siendo alumno, fui expulsado dos veces y borrado de los libros de matrícula por haber participado en huelgas estudiantiles que exigían ciertas reformas.

En mi intervención de julio de 1991, en esta misma tribuna, cuando fui honrado con la designación de Profesor Emérito, entregué detalles de lo que hicimos en esos cuatro años de mi Rectoría. No me corresponde a mí entrar a juzgarlo.

En cambio, sí me corresponde hacer un comentario nada grato, por desgracia.

Mientras fui instructor, jefe de instructores, profesor auxiliar, profesor titular, director de departamento de la Universidad, no tuve enemigos. Vivía en paz y armonía con todo el mundo. Podría decir que gozaba del aprecio de mucha gente. En cuanto fui elegido rector, empecé a tener enemigos declarados y emboscados. Respeto a los primeros; desprecio a los segundos.

Fue una sensación nueva que ingenuamente me negaba a aceptar y para la cual, lo confieso, no sabía defenderme.

Como seguía siendo el mismo en mi manera de ser, no me explicaba estos cambios entre ex amigos míos y hasta entre hermanos masones.

En verdad, todavía no me lo explico.

Terminado mi período estatutario, recibí grandes y hermosos homenajes: de los consejeros de la Universidad, de los profesores y funcionarios, de los alumnos, de sindicatos, de centros culturales, de empresas, de la prensa, aún de la que, al comienzo de mi gestión, me había atacado.

Feliz y muy emocionado, volví a dedicar todo mi tiempo a mi cargo de profesor de Neuro-Anatomía -clases que no interrumpí jamás mientras fui rector- y a reanudar la redacción de mi *Texto de Anatomía del Sistema Nervioso Central*.

Poco me duró ese período de tan esperada paz. Producido el ataque a la Moneda del 29 de junio de 1973 por el llamado tanquetazo, el Presidente Salvador Allende me solicitó que le cooperara ante esa emergencia aceptando el cargo de Ministro de Educación.

Tampoco me corresponde a mí juzgar cómo cumplí mis obligaciones ministeriales. Creo que fue a satisfacción del Presidente Allende, pues fui uno de los pocos ministros que fue reconfirmado en el cargo en los cinco o seis cambios de Gabinete que se sucedieron entre julio y el 10 de septiembre de 1973.

Como expresé ante el Consejo Superior de la Universidad de Concepción y después, ante el Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas, en las sesiones solemnes que celebraron en mi honor por mi designación como Ministro: "Nadie sabe cuánto voy a permanecer en el cargo, pero, con la misma fe y entusiasmo con que un corredor de postas corre el tramo que le ha sido asignado, poniendo toda mi alma y entusiasmo, procuraré entregar bien el bastón, es decir, el Ministerio, a mi sucesor cuando deje de contar con la confianza del Presidente".

Y vino el Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

El territorio chileno fue ocupado militarmente por sus propias fuerzas armadas. Pasaron a mandar las bayonetas, no la Constitución, ni las leyes, ni la tradición.

De la que para muchos era la cúspide de mi vida, fui cruel y cobardemente arrojado a una fosa que se procuró hacer profundísima, sin fondo.

Varias semanas tuve en mi pieza-celda del hospital, donde me encontraba gravemente enfermo, a un soldado que, día y noche, con todas las luces encendidas, apuntaba su ametralladora a mi cabeza. Y gatillaba, con seguro puesto, cada tres minutos.

Cadetes militares y de la Escuela de Aviación me insultaron groseramente en presencia de coroneles y generales de uniforme.

Se me expulsó de mi cátedra, de clubes castrenses y masónicos y también de la Gran Logia de Chile.

Se me calumnió, se me torturó psicológicamente, se me hambreadó, hasta que caí gravemente enfermo. Se asesinó a uno de mis hijos, médico neurocirujano y a un nieto en el vientre de su madre.

Y todo esto, sin haberseme formulado jamás un cargo ni sometido a ningún proceso civil o militar.

Finalmente, el 5 de mayo de 1975, sin cargo ni proceso alguno, con 24 horas de aviso, fui desterrado en calidad de apátrida. Hasta la escalerilla del avión, como a un criminal peligroso, me llevó un pelotón de soldados a cargo de un capitán de ejército. Los soldados apuntaban sus ametralladoras a mi cabeza y mi tórax, ante la mirada indiferente de los funcionarios del aeropuerto e incrédula de algunos pasajeros.

Durante mi exilio supe las detenciones y posterior desaparecimiento de mi hijo Edgardo, ingeniero civil, y de mi ex yerno muy querido, Dr. Bautista van Schouwen Vasey, médico neurólogo.

Y desde el fondo de esa fosa insondable a que fui violentamente arrojado, empecé a subir lentamente.

Hoy, 10 de enero de 1995, me siento de nuevo en la que puedo considerar la cúspide de mi vida como académico, como ciudadano, como hombre.

No es otra la interpretación que doy al altísimo honor con que mi Universidad me ha distinguido al otorgarme el Grado de Doctor

Honoris Causa y al lanzar al conocimiento público mi obra: *En el Nombre de una Vida*.

Jamás, ni en mis mejores tiempos, creí que llegaría a obtener distinciones semejantes.

Señor Rector, Señoras, Señores, Jóvenes Alumnos:

Cuando, hace doce días, recibí telefónicamente la agradable y gentil comunicación del Rector, y deduje que debía decir unas palabras de agradecimiento en la solemne ceremonia de la entrega a que estamos asistiendo, se me plantearon varios problemas. ¿Cómo orientaría mis palabras y pensamientos?

¿Haría una ponencia estrictamente ceñida a los moldes habituales? ¿Qué fue, qué es, cómo debe ser la Universidad?

La ocasión no podía ser más propicia: Chile, tras 17 años de labor sistemática anti-educación, anti-universidad, con decenas de miles de profesores y estudiantes perseguidos, exonerados, torturados, asesinados, desterrados, viene saliendo de nuevo a la vida democrática. Y los gobiernos de Aylwin y Frei han declarado enfáticamente que su principal preocupación será la reconstrucción, el fomento, la ampliación, la modernización de la educación.

Esta, se ha dicho y repetido, es la gran palanca que elevará el desarrollo y bienestar del pueblo, especialmente de los varios millones de pobres que les heredaron los gobernantes anteriores no elegidos por nadie.

Sobre esta materia, he escuchado y leído cientos de discursos profundos, documentados, con numerosas citas y abundante bibliografía. Hace más de 20 años, debí participar en el Senado de la República en el estudio y discusión de un Proyecto de Ley sobre Universidades que venía desde hacía años. Actualmente, hay otro Proyecto de Ley en tramitación. Hace unos días, asistí, con casi un centenar de dirigentes, consejeros, profesores, etc., a una amplia reunión con el señor Ministro

de Educación y el jefe de la Educación Superior. Estuvimos más de cinco horas escuchando observaciones, recomendaciones y sugerencias muy atinadas y meditadas sobre lo que debe ser la Educación Superior Chilena.

¿Sería posible, he pensado, que en mi intervención para esta solemne ceremonia, que no puede tener más de quince minutos de duración, pueda decir yo algo valioso, nuevo, trascendente, sobre un tema tan estudiado, analizado, discutido por grandes autoridades nacionales y extranjeras del presente y el pasado?

Como profesor por casi sesenta años en la enseñanza universitaria de pre y post grado de ciencias eminentemente objetivas como son la Anatomía y Neuroanatomía Humanas, decidí dedicar estos minutos a un tema que domino, pues lo he vivido, sufrido, gozado y experimentado.

Me refiero a la vida de un universitario que, mediante tesonero trabajo, supo subir muy alto; que violenta e inusitadamente fue después precipitado a una sima para que de ella no pudiera salir jamás; que pese a todo, poco a poco, sin claudicar, en unos veinte años ha vuelto a elevarse de nuevo por sobre el nivel común.

Subió, cayó, volvió a subir.

¿Por qué? ¿Qué arma secreta ha usado ese profesor?

Pues solamente una. Desde que tuvo uso de razón, observó, estudió a cuanto y cuantos lo rodeaban. Tomó e incorporó a su ser lo que le pareció bueno y correcto. Rechazó lo malo, lo torcido, lo dudoso. Adoptó y siguió las normas vida y moral que le enseñaron sus padres y familiares, sus buenos profesores, sus leales compañeros, sus amigos y alumnos.

Adoptó racionalmente los elevados y permanentes principios cristianos, filosóficos y masónicos.

Estudió la historia, diversas religiones, la vida de hombres y mujeres ilustres, todo lo relativo a los derechos humanos.

En base a éstas, sus observaciones y meditaciones, se trazó una línea de conducta que ha seguido fielmente toda su vida. Sin claudicaciones, sin dejarse desviar por tentadoras y aparentemente ventajosas proposiciones.

En resumen, fue un hombre que, amorosamente apoyado por su mujer y sus hijos, seguro de lo que valía y conocedor de sus limitaciones, preocupado siempre de no dañar voluntariamente a nadie ni a nada, siguió el camino que serena y concienzudamente se había trazado.

En ese camino se mantendrá con la frente en alto, siempre buscando y luchando por la justicia, la libertad, la verdad, enseñando lo poco que sabe, señalando modestamente una ruta y un ejemplo a la juventud que tanto ha amado.